

GONZALO SALVA SIMBOR

El arte español perdió el día 14 de enero del año 1923, uno de sus más ilustres mantenedores: el pintor Gonzalo Salvá.

Difícil es condensar en algunas cuartillas la vida intensa y la meritísima labor de este insigne artista, de este maestro de maestros, de este hombre excepcional en cuya mente jamás brotaron indelicadas ni vulgares inspiraciones y en cuyo pecho jamás encontraron albergue bastardos sentimientos. Ello no obstante, expondremos a grandes rasgos la existencia de este pintor que, aun cuando nació en París el año 1845, podemos considerarlo como español y valenciano, ya que, desde los 8 años de edad, en España vivió y en Valencia se vació su figura artística y su personalidad social.

Fué hijo del eminente bibliófilo D. Pedro Salvá, autor del *Catálogo de la Biblioteca Salvá*, que lleva su nombre y que es estimado en el mundo de las letras como joya literaria de extraordinario valor; y fué nieto del benemérito diputado de las Cortes de Cádiz, D. Vicente Salvá, autor de un luminoso diccionario de la lengua castellana y fundador de la librería y casa editorial que en la actualidad dirigen los hermanos Garnier en París.

Al consignar los nombres y las obras de los ascendientes de Gonzalo Salvá, no ha sido nuestro ánimo dar realce a su figura, colocando como fondo las de aquellos sus predecesores, no: Gonzalo Salvá no ha menester de ajenos méritos, pues que los tiene propios y muy legítimamente alcanzados, con su talento y su trabajo, para ocupar un puesto digno en las páginas de la historia del Arte nacional; pero nos complace hacer mención de la estirpe de donde procede este artista que pasó por el mundo sembrando el bien, dignificando las artes y enaltecendo a su patria.

Salvá fué un pintor de grandes aptitudes para todos los géneros, pero cultivó con preferencia el paisaje, o aunque sus primeros triunfos los obtuvo con cuadros de asuntos históricos y religiosos; triunfos que, por cierto, nunca alteraron su alma apacible, toda modestia; ni envanecieron su generoso corazón, todo bondad.

Salvá, sobre ser un teórico formidable, fué un técnico correctísimo que puso en sus lienzos todas las ecuanimidades de su espíritu y todas las exquisiteces de su buen gusto, sin apartarse un punto de la factura elegante y sobria de aquellos clásicos valencianos que tanto renombre dieron a nuestra escuela y que fueron llamados Ribera, Joanes, Ribalta, Vergara, López y otros.

Como paisajista, llegó Salvá a dominar de tal modo el estudio de la Naturaleza, que al trasladarla a sus cuadros no escapaba a su escrutadora pupila ni a su habilísima mano detalle alguno. Sus obras, pues, son de un admirable realismo; pero tienen, sin embargo, una poesía y un encanto que emociona a todo el que las contempla. Y es que, este virtuoso del pincel, no sólo se adueña, al copiar la naturaleza, de sus verdaderas líneas, de sus colores y sus perspectivas, sino que lleva también a sus lienzos las múltiples transparencias del ambiente, el murmurio de los arroyos y de las

fontanas, el misterioso gemido de los bosques, el aroma de las florestas y los sobre-humanos ecos de los meteoros. Salvá es un realista de lo bello, nunca de lo feo; porque lo feo no es artístico, y Salvá, ante todo, es artista. Tenía una facilidad asombrosa para embellecer los objetos que, a veces, se le ofrecían con feos aspectos, y por eso en todos sus cuadros preside esa dulzura sin amaneramientos, esa placidez espontánea, ese clarooscuro sin estridencias, que tan simpáticas hacen sus obras.

Por otra parte, Salvá no fué un improvisado; su personalidad artística se formó lentamente, al mismo tiempo que se delineaba su figura literaria. Hombre de clara inteligencia y de extraordinario amor al estudio, llegó a conseguir profundos conocimientos en Artes y Letras, cultura que le dió una erudición y una facilidad de palabra digna de admiración y respeto.

Enamorado de la enseñanza, cifró sus aspiraciones en la Escuela de San Carlos de Valencia, en la cual consiguió entrar por oposición directa, el año 1874, a dar las clases de dibujo del Natural, Perspectiva y Paisaje. Haciendo un culto de su arte y de su sacerdocio, procuró desde la cátedra, con palabra acariciadora y convincente, y desde su estudio con ejemplar laboriosidad, inspirar a sucesivas generaciones de jóvenes artistas el buen gusto en la elección de asuntos para los cuadros, la delicadeza en el manejo de pinceles y colores, la corrección en el dibujo y la sinceridad en la factura: sabias enseñanzas y consejos que dieron, y están dando, provechosos frutos entre los centenares de alumnos que le tuvieron como maestro.

* * *

La prodigiosa labor artística de Gonzalo Salvá, es punto menos que imposible catalogarla. Sus cuadros extendidos por toda España y el extranjero desde que comenzó a pintar en el año 1867, son estimadísimos cada día más.

En el citado año 1867, aparecen los primeros lienzos de este artista en la Exposición Regional Valenciana, que el jurado premió con una medalla de plata. En la Exposición Nacional Aragonesa de 1868, obtiene la primera medalla de las dos segundas de plata concedidas, como premio a su cuadro «Notificación de la sentencia de muerte a María Estuardo». En 1871 concurre a la Exposición de Edimburgo con el citado cuadro premiado en Zaragoza, que merece también el primer premio y el ser adquirido por el gobierno de Alemania, en cuyo Museo nacional se conserva.

Si como paisajista hemos dicho que Salvá era notabilísimo, también como retratista alcanzó justo renombre, y así lo proclaman los retratos de Gayarre, Sarasate, Maestro Gomis, la célebre soprano Malibrán, Sagasta, Hartzenbusch, el pintor Rosales, Juan Dorda, Pascual y Genís, Martorell, Baillés y cien más de prolija enumeración, que exornan los muros de iglesias, palacios y casas particulares, y en los que no se sabe qué admirar más, si la exactitud del parecido, la jugosidad de la pintura o la elegante actitud de los personajes.

También salieron de las manos de este laborioso artista, cuadros de gran tamaño. Entre otros recordamos: «Cristo ante Pilatos», «Interior de un castillo del siglo vx», «San Rafael», «Entierro del Salvador», «El bautismo de Jesús», «Al pie de Sierra Negrete», «Vacas en la pradera», «Tempestad en la montaña», «La cabra favorita», «La mona de Pascua», «Llegada de la noche», «El triunfo del día» o «La pascua en el río» y «Una pendencia en el siglo xvi».

El fallecimiento del padre de Salvá y su cambio de estado, desviaron el rumbo de